prosario incompleto

Pedro Castro Ortega

Image not found.

Capítulo 1es un futuro incierto

donde la vida se revuelve

donde tú y yo maquinamos este encuentro

inútil, es probable, inútil

ahora es el momento, nadie hay, nadie, nada

podrá perjudicar este encuentro

porque está ya detrás de aquí mismo cuando lo digo:

aquí, ahora

no hay nadie, nada, hemos perdido

Estoy muerto

en un mal desatino

Capítulo 2Lo que trajo el viento tú te lo llevaste en un instante.

Y solo quedó el camino.

Lo que trajo la tempestad tú lo comprimiste ocupando el mínimo espacio.

Y solo quedó el cauce.

Lo que desviaron tus ojos entró en el campo de los sueños

y escapó a esta olvidada realidad.

Ahora ya únicamente existes

en ese terreno gaseoso y soluble de imágenes etéreas, oníricas.

Montado en la línea del tiempo espero la hora

para acometer la carrera que me llevará a tu finca de algodón

y confundirme con tus costillas.

Hasta entonces surcaré como siempre los atardeceres

en busca de esa oblicua nada que me espera constantemente allá, en el horizonte.

Hasta entonces, y no sin coraje, me iré desprendiendo de esta insoportable gravedad

que me atenaza para continua, aunque apenas

imperceptiblemente,

llegar a ti sin llegar nunca.

Mi destino, mi límite, mi meta inalcanzable.

Allí aspiro a succionar, a robarte, en los alrededores de tu frontera,

acumulándome, alguna rebelde partícula escapada de tus cercanías.

Suspiro únicamente por una aproximación tuya.

Capítulo 3Mira hacia delante y ve el horizonte plagado de cepas. Y el sol reverbera cálido, decadente. Y se acaba en las comisuras de sus labios una sonrisa escapada a un tiempo, aunque no demasiado pretérito, sí que pasado y deforme. Pero eso le alienta la sensación que persiste en su garganta, y se ve atrapado en un sinfín de diminutas emociones, de pulsiones, puede que inyecciones que se infiltran y hormiguean no sólo su cuerpo y sus músculos, sino todo su ser. No puede creerlo, frota sus manos contra sus muslos. Pero se convence de que es cierto y se siente alegre y vivo. Pisa la colilla como quien apaga cientos de años, incluso la historia que nos contaron en la escuela y se siente en una soledad imperante y única que no hay quien detenga. Vuelve la mirada hacia ningún sitio, hacia su escapada, furtiva y caduca soledad y, claro, no ve, sólo siente un aliviado desatino, un prolongado bienestar vuelto hacia la nada, hacia un cero incólume, hacia un conjunto vacío, por supuesto sin elementos, donde paradójicamente, ahora, él quiere estar. Siempre lo quiso, nunca le agradó más del dos o del tres. Pero sí que le atrajo lo negativo. El menos-uno para anularse y mirar en un fondo perdido, que luego ganado tras alguna etérea luz, o quizá por suerte en las postrimerías de ese duermevela que le acompañaba en las efímeras siestas estivales. No podría decirlo pero necesitaba de lo negativo para buscar una felicidad real que compensará aquello que fue pero que realmente no fue porque no lo vivió realmente como algo entero. Como algo con posesión, porque él poco tiene, salvo multitud de espacios a la izquierda que realmente no son nada, por su negatividad, pero que hacen renacer su vida desde su lado más enigmático y profundo. Él esta entero porque estuvo detrás y miró al frente y contó lo que quedaba por llegar y esperó al que vino tras de sí. Camina con fuerza sobre los terrones y, tras

unos minutos, pisa casi el asfalto donde le espera su destartalado vehículo, que dejó hace unas horas en la cuneta, móvil presa de un azar casi mágico, cuya matrícula empieza por cero.

Capítulo 4Acariciando el espesor de la ciudad
voy contemplando sus fortificaciones.
Como un mensajero de pensamientos
arrastrado de pena por los callejones.

Los viejos faroles rompen a gritos
de luz tenue las débiles almas,
rondan las esquinas de noche
y puedo ver entre el gentío tus canas.

El húmedo semblante de su asfalto
es una locura, un nervio solitario
es el que tengo en el olvido.
¡Mi entorno de piel y mis labios!

En el local de esa enseñanza digestiva
se abren puertas y ventanas.
Se llena mi corazón de metas sublimes
y voy envejeciendo cada mañana.

El imperio en conjunto se alza noble
ante mis ojos de agua y hambre
y puedo ver la corrupción saciándose
a cada paso, en cada calle.

Una residencia comprimida me abate
colmando mi ser, el sol y la luna.
No quedan lienzos fértiles en la ciudad,
ni sonrisa, ni nubes, ni espuma…

Capítulo 5Poco importa que yo muera.
Mis actos son tan superficiales que sólo yo,
con esta carne, estas manos, puedo vivirlos.

Poco importa recrearse en juegos,
sometiendo los actos a la más desesperada entrega.
Poco importa que yo muera.

Viene la luz, las tinieblas,
el hambre acreditada sobre mil ojos.
Todo, todo llega.

Poco importa que yo pase
sobre esta prisión de sentimientos.
Poco importa que yo muera.

Ni el espacio conjugado mediante un impulso
va a reflejarse en la quietud.
Nada, nada espera.

Os veo y no os puedo pertenecer.
Soy tan fiel que en mi cumbre os quiero.
Poco, poco importa que yo muera.

Porque ni el agua de tu manantial sincero
puede escalonarse,
ni la miel de tu sabroso enjambre.

Poco importa que tú mueras.
Yo soy un paso sobre tus huellas,
soy mitad gavilán, mitad presa.

Nada quedará por sucederse.
Ya viene, me acorrala, entra.
Poco importa que yo muera.

Capítulo 6Es tu palabra un rito.
La escucho ligera, conteniéndome.

Y es que no quiero penetrar de nuevo
en tus intestinos.

Veo tu piel, tu piel geológica.
La separo a poco de tu carne
y la toco en la cúspide,
muriéndome con las piedras,
como un canto rodante.

Estuvieron tus ojos a pocos centímetros de mí.
Casi me ahogo.
Me alegra que tu mirada de pena
siga siendo tan uniforme.

En mi serenidad de isla
compongo el horizonte con tu figura.

Tu cabeza de oro es una ruta difícil.
Pareces tan indiferente como una pared.

Deseas tanto como cualquier humana
y sin embargo cuando vuelas
mis alas se retuercen quejumbrosas
en la soledad, sin esperanza.

Ya sólo te quiero para vengarme.
Tú sabes que no habría gravedad una noche,
te absorbería la velocidad interestelar.
Tú sabes que aún es posible amarte.

Capítulo 7

Antes de ti movía las manos
jugando con la nada,
desgarraba las palabras
hasta convertirlas en piedras.

Antes de ti me sumergía
en las cañadas
y buscaba la compañía
del agua y del árbol.

Antes de ti como un nimbo
descargaba mi lluvia
sobre los jugos del atardecer
y me escondía atormentado.

Antes de ti amaba los vacíos
y las cosas sin cosas.
Moviendo hojas en silencio
pasaban las horas.

Capítulo 8Robados pues los sueños de su vientre
viniste ya volátil, más bien muerto.
Ingente duda donde se concentre
el agua en las dársenas del puerto.

Destino de los mundos más lejanos,
lujuria desvaída e imprecisa
posada entre suaves cirujanos,
que fuiste ni trasunto ni premisa.

Paciencia desarmada e impotente,
camino de aridez rala y confusa
la espera lacrimógena y doliente,
rapaz fecundación de ciencia infusa.

Maldito nimbo oscuro que repele
las lánguidas cavernas y los mantos.
Oscuro afán de tierra que nos duele,
remotas las antífonas de santos.

Ya puedes escapar sobre la nube,
sonora ingravidez definitiva.
Ya puedes aclamar a quien te sube,
mi espíritu va roto a la deriva.

Abortos contraídos con papeles,
abortos que fecundan los subsuelos.
Aborto que te quiero con laureles
de vida que se rompe en mis desvelos.

Mujer que ajada llora, que no entiende
por qué se roba el mundo y la tiniebla
perenne de su núcleo no trasciende
tras este mar de agujas y de niebla.

Las clínicas florecen por las calles,

ahora le fecundan mientras duerme;
ahora te reducen a detalles,
silencio de un camino tan inerme…

La vida, ¿dónde está?, ¿dónde mi vida?
Alzar este retoño en las cloacas
hará de ti, de mí, una partida
con lazos, con trincheras, con estacas.

Y entonces se pondrán patas arriba
los zulos, las cavernas y los santos.
Y yo seré el canal y aquella criba
sumida de cenizas entre tantos.

Están los dos gametos pululando
por esa habitación, entre cristales
batalla por la vida comenzando
la búsqueda de embriones parentales.

Y mientras las mujeres que angustiadas,
buscando cercenar funesto estado
van llenas de aprensión y atribuladas,
¿por dónde mi retoño tan amado?

Y mientras regalado es terminar
las vidas ya recién han comenzado,
difícil es mi crédito eliminar
en lucha por la vida apasionado.

No pido sin embargo caridad,
ni objeto ser de lástimas o penas.
Yo quiero la justicia, la equidad,
huir de ejecuciones y condenas.

El cielo oculta ufano su sonrisa;
nosotros, como amantes tan ligeros,

alzamos nuestras manos y la brisa
nos toma los espíritus enteros.

El alma nos destruye compañera;
pensamos que vendrán tras nuestras ánimas
consuelo y la agradable primavera
tapando los hastíos y las lágrimas.

Se abren sin embargo las heridas,
jamás aquel agravio cicatriza.
El alma nos agita las salidas
y nunca nuestra huida finaliza.

Así de inapelable se nos muestra
aquella la razón por que existimos.
Funesta trascendencia que secuestra
la vida que con gozo perseguimos.

Hostil en grado sumo la avaricia
presenta multitud de divisiones.
Yo busco solamente una caricia
que inunde de humildad los corazones.

Yo pido a los estados que no importe
ni un céntimo la búsqueda de vida,
igual que fugaz se hace un pasaporte
ajando con crueldad la bienvenida.

Mi vida está en un túmulo olvidado;
su vida toma un rumbo de cenizas.
Estamos en momento denostado,
me atrapan entidades y balizas.

¿Por qué dejar el viento? El es culpable
de sueños, de lamentos que finitos
inundan la verdad clara, palpable;

razón cual proteger a los proscritos.

¿Por qué vienen las almas entre mares?
Retoño que esculpir por las bahías.
No es frente que se pierda entre estos lares,
es sólo amor bruñido, alegorías…

Y fueron casi inútiles las almas
buscando sin consuelo las hazañas
nutriendo absurdas, fútiles las palmas,
un paso en que surtir estas entrañas.

In vitro reforzamos corazones,
cosquillas que se mueren en un lapso,
segundo que revisa sinrazones:
embriones que reviven al colapso.

Capítulo 9La noche verifica las estrellas y no la vemos,
de noche quisimos entrar en los abismos a través de copos de algodón
y capaces no fuimos.
Nos quedamos allá en algún sueño,
en un destello blanco, níveo, intenso, firme.
Pero no hubo batalla con su roja luz,
batalla para abrir las manos
y amasar la humanidad al cabo de nacer tú,
tú...

Justo en el tiempo, ahora, ya.
¿Cuál es la percepción? ¿Dónde está la muerte?
Insisto: es ahora, en cada momento, al revés, donde sobreviene.
Su morbidez, vacuidad y alarma, lágrimas
para sobrevivirla y después revivir en la lejanía...

Sé que son sus labios sólo el principio.

Amigo que ves los puertos y que ves los horizontes:
llévame a la mar y déjame en aquellos fiordos
donde la luz sea siempre transversal,
luz ósea y gris, luz enorme de ramas abiertas,
luz sempiterna.

Forma del que viene extinto sin saber los aromas,
antiguos y marchitos olores,
denostadas arrogancias.
Esta es la sima de las horas,
el temblor, el renacimiento y el recuerdo...

Se han dejado entrever escarchas después
y hube de nacer cuando el tiempo amainaba
para restablecer las caídas amapolas
y no olvidarte en tu juventud futura, uniforme.

Aquellas llanuras fueron trillas y el soslayo, la luz
que nunca hube de tener, molinos degradados, fuertes,

sueños que destapan la completitud y la convierten en un haz
para establecer los deseos y hacia atrás escaparse,
reencontrar alguna línea temporal y mirar en algún espejo lejano
aquello que antes siempre encuentro en tu corazón
y no me cabe más allá de mis manos.

Caerá la lluvia sobre los corazones,
sin ser yo me destaparé por aquellos mares que nunca vi,
por aquellas tierras lozanas apenas percibidas,
y será abierto el sol quién nos guíe...

Capítulo 10Tengo miedo de bostezar tantas veces
y pensar que mi vida, así, se va acabando.
No quiero comenzar otra vez el hastío
donde tú seas el amor y yo la muerte.

No quiero acabar perdido,
ni quiero reemplazar de aquí luces.
Tengo miedo de los andenes
y de que me atropelle el olvido.

Empezaré de nuevo triunfante,
con ganas de acabar con muchas vidas.
Posiblemente acabe siendo la república
donde verter todo lo que tuve de amante.

Ya no hay tiempo ni historia
donde escuchar agua tranquilos.
No quiero que tú otra vez escapes
y pases a formar parte de mi memoria.

Capítulo 11Reiterar por último esa inevitable discontinuidad que nos aguarda,
no sin antes lanzar un rayo de luz sobre estas mareas que nos embargan
y decir que, a pesar de todo, navegamos con la esperanza
de infinitudes inexistentes y que únicamente ellas evitan la fatal caída
en este real, agonizante y rotundo abismo.
Son ellas, por tanto, las catalizadoras de una eternidad para nosotros intangible
pues se mueven en un éter que escapa a las posibilidades físicas.
Es esta la razón por la cual hay acontecimientos que no pueden ser tales,
no pueden suceder, que son imposibles.
Porque no pueden ser volcados a esta nuestra maldita finitud.
Por eso amo, incluso con violencia, algunos de esos sucesos imposibles
y me regocijo en ellos, en su imposibilidad.
Y al tiempo siento dolor, un completamente explicable y profundo dolor
que me atraviesa los alvéolos y se extiende y navega por estas llanuras
hasta un punto común donde me vaciaré con una ingravidez absoluta.
¿Será entonces que me voy acumulando ahora, ya, hacia ese punto
y me encuentro respecto de él razonablemente cerca?
¿Será pues que, después de un intervalo adecuado de tiempo,
podré convivir con estas imposibilidades?
¿O será simplemente un anhelado atisbo
después de una tendencia infinita hacia ellas?

Dime adiós con tu oblicuo bostezo, recuérdame la curva de tu abismo,
hacia tu punto adherido, estable, paralelo, anclado en plenitud.
Dime adiós desde esta agitada planicie repleta de esperanza.

Capítulo 12

Tras el promontorio no está el mar. Hay otro estrecho valle y detrás otro promontorio. El mar no llega nunca. Llegan, perdidas, ligeras gotas de espuma, último eslabón de alguna errática ola que cabalgó por el aire y se instaló en las nubes, llorosa y nostálgica de sus aguas verdes, de su piélago infinito. Una larga cadena de arrecifes espera, además, antes del mar. Vetustos acantilados, inhóspitos, bellos farallones, caprichos de una erosión antigua, tan antigua como el propio e inaccesible mar. Me lanzo otra vez desde tierra adentro para atacar, volviendo desde el principio, interminables desiertos, recónditas selvas, dilatadas sabanas, profundos cañones, oscuros desfiladeros. Llego al final y tras el promontorio no está el mar. Y huyo. Con ese huir fatigoso y fracasado. No vuelvo hacia atrás. Huyo. Donde los ciclos escapan de sí mismos y la renovación no existe. Huyo con fiereza no para escapar, sino para encontrar mis cadenas, leyes de composición interna a las que aferrarme y que perdí, que dejé olvidadas en alguna vaga y pretérita oquedad. Hacia aquella extraña dimensión plagada de fantásticas simetrías. Allí, allí llegaré en mi huida y me volveré horizontal, ligero, transparente y, al tiempo, inexplicablemente pretérito, primitivo y vigoroso. Tras sumar huidas el mar llega. Salvaje, furioso, arcaico, auténtico. Y me zambullo en ese mar para respirar aquel oxígeno impregnado de salobres aguas, aquel aire húmedo y oculto que creí extinto. Llega el mar y estoy solo en la cima de la libertad absoluta.